

Los lobos de siempre

Poco a poco se han ido alejando los roncos ladridos de los lobos que hasta hace unos años retozaban en las boyas en Leñadura y que hoy suelen oírse desde las que se ubican frente a la Población Naval del DIM Cochrane. Sin duda la acostumbrada paz del descanso y del silencio les ha obligado a alejarse bastante de la cada vez más contaminante e invasora civilización.

En la época del paso de la flota de Magallanes, las colonias revestían todos los roqueríos disputándose los espacios con cormoranes y pingüinos, sirviendo de guía durante las noches. Se volvería uno de los atractivos principales de los insaciables cazadores que no imaginaron nunca que su acción fuera capaz de diezmar a la infinita población. Grave error de percepción pues el lobo adulto era evitado y la muerte caía sobre los recién nacidos. La piel de los mayores es impenetrable, debido a la enorme capa de grasa que los reviste. Lo mejor era asaltar las manadas en momento de parición, logrando mejores, más preciadas y más tiernas pieles de los más pequeños e indefensos.

El número de ejemplares, en sus diversas especies bajó ostensiblemente, llegando a quedar en peligro de extinción. Con el tiempo se han estado reproduciendo y se calcula que en la región hay cerca de 150 mil ejemplares, los que se han habituado a nuevas realidades.

Alguna vez los vimos en el muelle subiendo de manera ágil a las lanchas pesqueras y robar las bolsas de las carnadas. Hoy se les ve merodeando los centros de cultivo del salmón, desarmando las trampas centolleras o comiéndose los cebos de los espineles, causando perjuicios a los emprendimientos. Alcanzan tamaños amedrentadores y eso les da seguridad en tierra y una habilidad natatoria incontrarrestable. Son parte del paisaje, estaban desde siempre y tienen el derecho a deambular por los canales, pues el mar fue concebido para ellos y somos nosotros los usurpadores.

La región austral, con sus fiordos y archipiélagos como en su origen, debe repoblarse de esta y otras especies para volver a ser su refugio y el Edén que

alguna vez fue. La soledad del sur extremo les dio la seguridad por milenios de no ser irrumpidos. El indígena compartía con ellos el territorio, conocían sus rutas y correrías y con esa complicidad desafiaban el viento y el hielo. No eran peligro el uno con el otro, hasta que la avaricia desenfrenada buscó la extinción de ambos. Hoy, al menos los lobos se están recuperando y extrañarán a sus hermanos de vecindad.-